

EL KURDISTAN: LA POLONIA DEL ORIENTE MEDIO

I

NACIMIENTO DEL NACIONALISMO KURDO

Los kurdos constituyen una antiquísima nación de origen ario, de cuyo paso por la Historia se encuentran trazos en la más lejana antigüedad. Herederos de los medos y de los aqueménidas, adeptos del zoroastrismo, tuvieron en los imperios arios de Oriente encomendada la guarda de los templos.

Se olvida con frecuencia que Mesopotamia, depositaria de creencias ancestrales, tierra impregnada por las tres más importantes religiones mono-teístas, ha conservado casi intactos ciertos valores anteriores a la marea islámica. Los kurdos fueron convertidos al islamismo en el siglo IX, y a pesar de que hayan dado a la religión de Mahoma hombres de fuerte personalidad, entre los cuales destaca a nuestros ojos occidentales la gran figura de Saladino, los kurdos sunnitas ortodoxos no pasan de ser musulmanes muy tibios.

Casi todos los viajeros han dejado constancia de su resistencia a la asimilación. En 1839, Von Moltke, joven oficial prusiano, agregado al Estado Mayor turco, subrayaba, con ocasión de acompañar en calidad de «asesor» a una unidad turca durante una campaña de represalias en el Kurdistán, que «la zona no se hallaba poblada de minaretes como ocurría por todos lados en Oriente Medio».

Y, según un proverbio turco, se afirma que sólo en comparación con los infieles puede ser considerado un kurdo como musulmán.

Las primeras medidas de centralización adoptadas por los soberanos otomanos contra los principados kurdos, se remontan al siglo XVII, que dieron origen a una violenta reacción defensiva, cuya ideología prenatal tuvo como vehículo de expresión la epopeya patriótica kurda «Men-o-Zim» de Ehmed Xani (1650-1706).

Pero para que los levantamientos armados kurdos se conviertan en endémicos hay que esperar al siglo XIX, en el que se hicieron famosos Kadir Kha, Yezdan Sher y Obaydullah, que dirigieron las rebeliones de las tribus de pastores guerreros-montañeses, que históricamente han constituido la base socioeconómica de la población kurda. Sin embargo, es de advertir que todas estas rebeliones del siglo XIX, dirigidas por las clases dominantes de la sociedad kurda —aristocracia religiosa, jefes de tribus, etc.—, tenían por objeto más la defensa de un «status tradicional» que lo que se pudiera llamar un verdadero ideal nacional kurdo. Esto no excluye que, ya en esta época, el sentimiento nacionalista de las tribus kurdas fuese alentado por los rusos, que nunca ocultaron su satisfacción al verlos en pie de guerra contra «La Gran Puerta». Acciones militares simultáneas, incluso, fueron realizadas por rusos y kurdos a lo largo de las guerras ruso-turcas.

Esta explotación del sentimiento nacional kurdo por el imperialismo de potencias extranjeras habría de hacer nacer en los pueblos vecinos, turcos, sirios, iraquíes, persas, una animosidad y una hostilidad contra los kurdos cada día más abierta y declarada.

En su forma moderna, el nacionalismo kurdo se desarrolla como un movimiento similar al de las demás minorías étnicas del Imperio Otomano: árabes, griegos, armenios, asirios, etc., y a impulsos de las ideas que llegan de Occidente e inspirado en los mismos ideales democrático-liberales. Sin embargo, la conciencia nacional kurda, en relación con otros movimientos de liberación surgidos dentro de las fronteras del Imperio Otomano (balcánico, armenio, árabe, griego, etc.), alcanzaría madurez y homogeneidad con un peligroso retraso, con el cual se pretende explicar, en cierta medida, la situación actual de lo que hubiera podido constituir un Gran Kurdistán.

Una de las razones, quizá la de mayor trascendencia, de este retraso ha sido atribuida al hecho de que el incipiente nacionalismo kurdo fue frenado, en su evolución y desarrollo, por la ideología del panislamismo otomano, que habría de constituir el más fuerte obstáculo frente a las nuevas ideas de «nación kurda», «árabe» o «turca».

La revolución de los jóvenes turcos de 1908, que dejaron escapar la última ocasión de salvar el Imperio Otomano, reorganizándolo sobre la base de una federación que agrupase los pueblos turco, kurdo, árabe, armenio, asirio y griego. Sin embargo, el nacionalismo a ultranza y el reformismo turcos, reagrupados en el Comité Unión y Progreso, impediría fueran puestas las bases de esta posibilidad.

Esta lealtad al sultán califa de Constantinopla y al panislamismo otomano, empujaría a los kurdos a participar en 1915 en el atroz genocidio del pueblo armenio, que ha dejado una sombra imborrable en las relaciones kurdo-armenias, y, lo que es más grave, constituye un ejemplo que los gobiernos turcos hacen recordar a los kurdos de Anatolia oriental al menor brote de nacionalismo.

Sin embargo, conviene destacar que, al estallar la Primera Guerra Mundial, la fidelidad de los kurdos al ideal panislámico de la Puerta no constituye obstáculo cuando los jefes kurdos decidieron llamar a los ingleses en su lucha contra la dominación turca, que dio origen a un hecho decisivo y que habría de condicionar seriamente la posterior evolución del problema kurdo: la ocupación, en noviembre de 1918, por la Gran Bretaña de la región de Mosul y Kirkuk-Suleymaniya, donde alentarán la creación de un Gobierno kurdo bajo la dirección del sheik Mahmaud el Berzændji, y que posteriormente decidieron conservar sometida directamente bajo su control, a causa de su situación estratégico-geográfica y de la riqueza petrolífera del país.

Lógicamente, los kurdos esperaban que los vencedores de la Primera Guerra Mundial harían justicia a sus aspiraciones a la autonomía política, y en un principio todo parecía y hacía prever que los hechos sucederían en tal sentido.

Los kurdos llevaron a la Conferencia de la Paz sus reclamaciones a favor de su nacionalidad. El Tratado de Sèvres les dio satisfacción al admitirse una autonomía a favor de los kurdos en una región donde predominaba la población kurda: «Del Este del Eufrates a la frontera meridional de Armenia.» Esta autonomía se concretó en los artículos 62 a 64 del Tratado: «...ninguna objeción será puesta por las principales potencias aliadas en contra de la adhesión voluntaria a este Estado kurdo independiente de los kurdos que ocupan la parte del Kurdistán comprendida hasta el presente en el vilayato de Mosul». Mustafa Kemal, conductor de la lucha turca por la independencia de la Turquía moderna (1920-23), impidió la aplicación del Tratado de Sèvres. Supo atraerse con habilidad el concurso militar de los kurdos, dejándoles entrever la eventual creación de un Estado federal turco-kurdo. Sin embargo, no pudo evitar el tener que ceder el vilayato de Mosul a Inglaterra, que ya detentaba un mandato sobre los territorios del sur de Mesopotamia. Desde fines de 1922 las tropas

inglesas habían ocupado efectivamente el Norte del Iraq para «liberar a sus poblaciones del cruel yugo turco».

Impulsado por la Gran Bretaña, de una generosidad sin paralelo en el plano de las declaraciones de principios, el Tratado de Sèvres de 10 de agosto de 1920 y que debía consagrar la definitiva desintegración del Imperio Otomano, reconocía en los más explícitos términos el derecho del pueblo kurdo a la independencia. Así, en el preámbulo del artículo 63 se declaraba: «Una comisión, con sede en Constantinopla y compuesta de tres miembros, nombrados respectivamente por los Gobiernos británico, francés e italiano, preparará en los meses siguientes a la entrada en vigor del Tratado de Sèvres la autonomía local de las regiones donde predomina el elemento kurdo.» Igualmente el artículo 62 acordaba la autonomía a las regiones donde el elemento kurdo era predominante, sin que los negociadores del Tratado de Sèvres se hubieran olvidado en la redacción del mismo artículo 62 de la minoría asirio-caldea que vivía en el Kurdistán. Así el plan de autodeterminación del Kurdistán preveía plenas garantías para la protección de los asirios-caldeos y otras minorías étnicas y religiosas.

Como en el caso de Esmirna, era el Consejo de la Sociedad de Naciones quien en definitiva debía decidir de la suerte del Kurdistán, al declararse en el artículo 64: «Si en el plazo de un año a partir de la puesta en vigor del presente Tratado la población kurda en las regiones a que se refiere el artículo se dirigen al Consejo de la Sociedad de Naciones demostrando que una mayoría de la población en esa región desea ser independiente de Turquía y si el Consejo estima que la población es capaz de esta independencia, si recomienda concedérsela, Turquía se compromete desde ahora a aceptar esta recomendación y a renunciar a todo derecho y título sobre estas regiones.»

La creación de la Turquía kemalista y el Tratado de Lausana, en virtud del cual Turquía englobaba dentro de sus fronteras más de la mitad de los territorios que iban a constituir el abortado Estado kurdo, convertiría en papel mojado las disposiciones del Tratado de Sèvres a favor de los kurdos.

Por el Tratado de Lausana, la Gran Bretaña logró aislar diplomáticamente a Turquía sobre la cuestión del vilayato de Mosul. Exito obtenido distribuyendo diestramente bonos de participación en la explotación de los pozos de la Turkish Oil. Finalmente, el vilayato de Mosul fue atribuido el 16 de diciembre de 1925 por el Consejo de la Sociedad de Naciones a Iraq.

Las promesas británicas de formación de un Estado autónomo, terminaron, después de un breve intermedio de un reino kurdo en Mosul, aplastado por otra parte por las bombas de la Royal Air Force y su infeudación al Reino Árabe del Iraq.

Con el Tratado de Lausana, expresión diplomática del nuevo equilibrio de fuerzas instaurado entre Turquía y las potencias occidentales, después de la Revolución Nacional de Mustafa Kemal dirigida contra el humillante Tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920), comienza la política de asimilación (o como se ha dado en llamar: el «etnocidio») a ultranza de los kurdos: prohibición total de toda publicación en lengua kurda, supresión de todas las organizaciones kurdas, y destrucción de las estructuras de la sociedad kurda.

A partir de este momento, la insurrección kurda se convertiría dentro del marco del Oriente Medio en un fenómeno endémico, en el que los períodos turcos se combinan con los iraníes e iraquíes y que con el tiempo habrían de dar lugar a que el problema kurdo desbordase los cauces de las reivindicaciones nacionalistas y empezase a discurrir por las torrenteras de la «Revolución Social», bajo la cobertura de ideologías que barajan hábilmente los conceptos más caros al nacionalismo democrático con los de lucha de clases, anticolonialismo, autodeterminación, etc.

Las rebeliones de Turquía

En febrero de 1925 los kurdos se sublevan en masa en las provincias turcas de Anatolia oriental. Constituyen una población de un millón y medio de habitantes, que, en tanto que minoría étnica, no goza de ningún estatus oficial distinto dentro de la nueva Turquía de Mustafa Kemal. En último extremo, Ankara únicamente reconocía la existencia de «turcos de las montañas». Un manual de Historia publicado recientemente por el Ministerio turco de Educación Nacional habla de «las revueltas del Este», y presenta a los rebeldes kurdos como una «banda de aldeanos ignorantes».

Si en la década de los años veinte los kurdos disponen de una sólida organización tribal, la ausencia de un «hogar nacional kurdo» que pueda servir de base de apoyo y potenciar sus reivindicaciones, así como la necesidad de obtener de parte de cuatro países diferentes la cesión de una parte de sus respectivos territorios nacionales hacían ilusoria toda esperanza de independencia.

El Tratado de Sèvres había previsto la creación de un Kurdistán autónomo; este proyecto, aireado por lord Curzon en Lausana, no recibió el menor apoyo, ni llegaron a darse los primeros pasos para su ejecución, y algunos observadores explican mal el calor puesto por los nacionalistas turcos para retener dentro de las fronteras de la nueva Turquía un número tan elevado de kurdos. Actitud que conjugaba mal con la adoptada respecto a los armenios del Nordeste del país y la población griega del Oeste de Anatolia. La única explicación para la actitud de Ismet Inonu, el gran negociador turco en Lausana, sólo puede encontrarse en el deseo de asegurarse la mayor parte posible de Anatolia y, en particular, el control del ferrocarril que unía Constantinopla con el mar Rojo y el golfo Pérsico. El empleo del término «musulmanes otomanos», en lugar de «turcos», en el artículo primero del Pacto Nacional, es significativo a este respecto.

La revuelta kurda de 1925, todavía anclada en las viejas tradiciones, era debida a un cierto resentimiento respecto al poder central turco y al deseo de independencia, sin que falten comentaristas que la atribuyan, también, a los sentimientos religiosos ultrajados por la destitución del último califa de Constantinopla. Esta, en definitiva, puede considerarse como la interpretación oficial del Gobierno de Ankara, que, para ignorar el elemento del nacionalismo kurdo de la revuelta, polarizó su propaganda sobre la naturaleza religiosa de la revuelta. Una excusa que le era servida en bandeja de plata para silenciar la prensa y la oposición: la revuelta kurda era, pues, de naturaleza reaccionaria y religiosa. Semejante endurecimiento del poder no estaba justificado; sin embargo, la escasa información de que se dispone permite afirmar, no obstante, que, a pesar de la fidelidad a la república proclamada a todos los vientos, ciertos líderes nacionalistas turcos estaban en contacto con los jefes de la rebelión kurda. Por otro lado, no es por simple casualidad que la primera agencia regional del partido fuera abierta en Urfa (Edesa).

El levantamiento kurdo tenía a su cabeza al Sheik Said de Palu, jefe de la orden de los derviches Nalsibendi. El 11 de febrero de 1925, desencadenó las hostilidades al declarar que había llegado el momento de poner fin a la república impía y de restaurar al sultán-califa. Las tribus kurdas se alinearon bajo sus estándares y crearon, durante varias semanas, una situación de aguda crisis para la nueva república turca. La mayor parte de los vilayatos de Bingol, Elazig y Diyarbakir pasaron bajo el control de los insurrectos. La ley marcial fue proclamada, lo que no impidió que la

situación siguiera deteriorándose en las provincias orientales de Anatolia. Fethy Bey se vio obligado a dimitir, y el 3 de marzo el hombre fuerte del régimen, Ismet Pacha (Ismet Inonu), cogió las riendas de la situación. Rápidamente la revuelta kurda fue aplastada. Detrás de las columnas del ejército se instalaron los tribunales de la independencia. La rebelión organizada viviría sus postreros momentos a finales de abril de 1925.

La rebelión en 1925 de los kurdos de Turquía, a pesar de su etiqueta religiosa, no había encontrado ningún apoyo entre los turcos de las provincias orientales, a pesar de encontrarse todos ellos llenos de un ardiente y sincero sentimiento religioso islámico. Es patente no sintieran el menor sentimiento de simpatía por los kurdos, en los que veían, salvo los versículos del Corán, por su lengua y por su raza, a simples extranjeros más que a «hermanos musulmanes».

Los comunicados hechos públicos en los medios oficiales sobre los procesos celebrados contra los jefes de la rebelión kurda, no eran dudosos, y aportaban la prueba definitiva de los contactos habidos entre los rebeldes y el partido progresista, que el 5 de junio fue disuelto en virtud de las disposiciones de un texto legal hábilmente redactado: el Acta sobre el Mantenimiento del Orden.

El Tribunal de la Independencia, reunido en Diyarbakir, condenó al Sheik Said y a sus 46 cómplices a la pena de muerte, ordenando, además, la clausura de todos los *tekkes* (casas-conventos) de los derviches en todas las provincias orientales.

Sin embargo, la dureza de las sanciones y de la represión no impediría que durante meses las manifestaciones esporádicas del descontento kurdo siguieran reproduciéndose. Así, en el mes de junio de 1930 algunos jefes kurdos refugiados en Persia después de la represión de 1925 forzaron la frontera turca con algunos centenares de jinetes y alcanzaron el monte Ararat, donde resistieron a las tropas del Gobierno central de Ankara durante algunos meses. Fue la sublevación de Agri-Dagh, promovida por el partido «Xoybun», que había logrado granjearse el apoyo del partido socialdemócrata armenio «Dashnaksutyun».

En 1936 se reproduce el levantamiento de Dersim y la ley marcial es proclamada en la provincia de Tunceli, que fue ahogada en sangre, y 3.000 familias kurdas fueron deportadas a las provincias occidentales de Anatolia. Mucho tiempo después, durante más de diez años, el Gobierno de Ankara viviría bajo el miedo y la amenaza a una nueva insurrección kurda. No obs-

tante, el 30 de diciembre de 1946 la Administración civil era restablecida en la provincia de Tunceli, y las familias deportadas fueron autorizadas a volver a sus hogares.

La represión de éstas insurrecciones fue llevada a cabo con métodos inusitados y una crueldad medieval, liquidándose con un saldo de cientos de miles de víctimas kurdas. La «élite» intelectual kurda fue prácticamente aniquilada; los pueblos y aldeas del Kurdistán turco, devastados, y su población, obligada en muchas ocasiones a buscar la salvación en el exilio, especialmente en Siria, bajo mandato francés durante este trágico período de la historia de la revolución nacionalista kurda. Zonas enteras del Kurdistán turco fueron, como en el caso del Bohtan, despobladas por «razones sanitarias, políticas, culturales y estratégicas».

Es a partir de esta época que se elabora la doctrina oficial turca sobre la inexistencia del pueblo kurdo en Turquía y que los kurdos comienzan a ser designados con la famosa expresión de «turcos montañeses».

Después de haber sido aplastada la revuelta kurda de Dersim —que los turcos para hacer olvidar este sangriento episodio de su historia moderna denominan de «Tunceli»—, con más de 40.000 muertos entre los kurdos, Djalal Bey, ministro del Interior del Gobierno de Ankara, declararía, acuñando una fórmula que, por su cinismo y laconismo, se haría célebre y pasaría a los diccionarios de frases históricas, que «los bandidos han sido civilizados por la fuerza». A estas antiguas declaraciones, que encuentran una cierta justificación dentro del contexto de la revolución kemalista, responden como un eco las más recientes del general Cemal Gursel: «Si los incorregibles turcos de las montañas no se mantienen tranquilos, el ejército no vacilará en bombardear y destruir sus ciudades, sus pueblos y sus aldeas. Habrá un «diluvio» de sangre, en el que ellos y su país quedarán sumergidos» (citado por *Dagens Nyheter*, de Estocolmo, el 16 de noviembre de 1960), y en el número 42 (junio de 1967) de la revista *Otuken*, órgano del Movimiento nacionalista, partido que dirige el coronel Alparslan Turkish, organización «panturani», se declaraba en un artículo firmado por Nihal Atsiz: «Si desean continuar hablando sus primitivas lenguas, que no tienen más allá de cuatro o cinco mil palabras, y si desean crear un Estado propio y continuar en él sus publicaciones, que se marchen a otra parte. Nosotros los turcos hemos tomado posesión de estas tierras viendo correr nuestra sangre como un río, y después de haber extirpado hasta las raíces de los georgianos, armenios, griegos de Bizancio. Durante la primera guerra

mundial, en que fuimos traicionados por los armenios; los kurdos escaparon a nuestra cólera gracias a que vivían en sus difíciles e inaccesibles montañas; de otra forma hoy constituirían una insignificante minoría en aquellas provincias donde todavía hoy forman la mayoría de la población. Los kurdos podrán ser en ellas una mayoría en un ciento por ciento, pero su sueño de constituir un Estado propio sobre el suelo turco seguirá siendo un sueño semejante al de los griegos de Bizancio y al de los armenios de la Gran Armenia. Así, pues, que se larguen, que se larguen antes de hundir a la nación turca en la tragedia, y que ellos mismos no sean exterminados. Que se marchen, ¿pero a dónde? Que se marchen a donde les dé la gana: al Irán, al Pakistán, a la India o a casa de su amigo Barzani. Que pidan a las Naciones Unidas que les encuentre un nuevo domicilio en Africa. La raza turca tiene mucha paciencia, pero cuando se encoleriza se transforma en un león enloquecido al que nadie puede hacer morder el freno. Que pidan si no noticias de nosotros a los armenios, y que aprovechen la lección.»

Todo ello responde fielmente a la doctrina oficial hecha pública por Ismet Inonu el 31 de agosto de 1930 en el número 1636 del diario turco *Milliet* y que puede sintetizarse en estos términos: «Sólo la nación turca tiene derecho a reivindicar derechos étnicos en este país; ningún otro elemento lo tiene.»

Los kurdos del Iraq

Salido de la liquidación del Imperio Otomano, Iraq era una entidad nacional difícil, precaria y de conservación peligrosa. Los ingleses no lo ignoraban. Poblado por un mosaico de comunidades, Iraq ofrecía los contrastes más violentos. Los «chiitas», en su mayoría árabes o persas, representaban el elemento dominante de la población; los «sunnitas» no constituían más que una numerosa minoría integrada por el elemento kurdo, que eran mayoritarios en los vilayatos del Norte y a quienes todavía en 1919 los ingleses prometían la autonomía. A todo esto se venía a sumar la existencia en la región de Mosul de una pequeña comunidad asiria cristianizada y una importante comunidad judía en el mismo Bagdad. El problema, pues, que se les planteaba a los ingleses consistía en la creación de un Estado lo suficientemente centralizado como para poder garantizar la viabilidad histórica del Iraq y la explotación económica de la riqueza petrolífera del

país, explotación que ya había puesto en marcha, en los años anteriores a la guerra, la Turkish Oil y cuyos derechos habrían de pasar a la BPC.

Es por todas estas razones que los ingleses recibieron de tan buen grado a Faysal, expulsado de Damasco por los franceses, y le ofrecieron la corona de un país que tan menesteroso se hallaba de un jefe, de una autoridad avalada por las tradiciones coránicas y que consagrara a los ojos de este nuevo pueblo el valor nacional de la naciente entidad iraquí dentro del contexto del «arabismo» anglófilo.

No obstante, y una vez más, Inglaterra repetía su habitual error de imponer soluciones políticas inapropiadas a los países cuyo mandato le había sido confiado en la Conferencia de San Remo.

En el caso del Iraq, el pragmatismo histórico británico habría de producir automáticamente las más desagradables y desastrosas consecuencias. Porque el hecho más importante que los ingleses prefirieron pasar por alto, y que no deja de ser sintomático, es que el Iraq no se encontraba del todo a disgusto bajo la dominación otomana y que su población, si se exceptúa al elemento kurdo, se había mantenido al margen de la «revuelta árabe» y del panarabismo hachemita patrocinado por Inglaterra. Dicho en otras palabras, los árabes de Mesopotamia no habían visto a los británicos como sus libertadores cuando las fuerzas del general Allenby entraron en Bagdad en marzo de 1917.

Implantar en tan ingratas condiciones un sistema centralizado de gobierno a una población heterogénea que desde siglos venía siendo la sede de toda clase de particularismos históricos era ir más allá de las peores dificultades. Las insurrecciones y levantamientos, a cual más sangriento, constituirían, en efecto, el tributo que los iraquíes habrían de pagar a la sensatez política de la potencia mandataria, más preocupada de los intereses de la B. P. que del futuro de la naciente entidad iraquí.

Partiendo del principio de que sólo un régimen unitario y centralizado ofrecía las necesarias garantías para conservar su presencia en este país del Oriente Medio, Inglaterra sacrificó la realidad a la ficción y los resultados logrados en el plano sociológico al cabo de siglos de convivencia entre las diversas comunidades fueron, de esta forma, inconscientemente barrido como un montón de hojas muertas en nombre de un «mirífico» arabismo unificador.

Los «chiitas» se sublevarían en 1927, en 1935 y en 1936, e incluso sir A. Wilson, primer comisario británico en Bagdad, declaraba que «la idea

del Iraq como nación independiente apenas había tomado forma, ya que el país carecía de homogeneidad geográfica, económica y racial».

Sin embargo, habrían de ser los kurdos las víctimas propiciatorias de los intereses petrolíferos y del imperialismo británico en el Medio Oriente.

Los kurdos del Iraq, de rito sunnita en su inmensa mayoría (aunque entre ellos se encuentran minorías «yeziditas», «chabaks», etc.), confiaban que el artículo 63 del Tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920) consagrara su derecho a la independencia. En él se declaraba expresamente: «Una comisión con sede en Constantinopla y compuesta de tres miembros... prepara en los meses siguientes a la entrada en vigor del Tratado de Sèvres la autonomía local de las regiones donde predomina el elemento kurdo.» Pero la creación de la Turquía kemalista, que englobaba dentro de sus fronteras más de la mitad de los territorios de lo que hubiera podido llegar a ser el Estado kurdo, reduciría a cenizas las disposiciones del Tratado de Sèvres en favor de los kurdos.

Sin embargo, las esperanzas kurdas no estaban totalmente perdidas. Un embrión de Estado kurdo podía encontrar su puesto en el mosaico del Oriente Medio. Efectivamente, segregado el vilayato de Mosul del Estado turco salido de Lausana, este vilayato podía aún acceder a la independencia y constituir por sí solo la primera provincia del Kurdistan libre. De esta forma las potencias signatarias del Tratado de Sèvres disponían, en último extremo, de una posibilidad de mantener, al menos en parte, sus compromisos. Esto, que duda cabe, se hubiera hecho realidad si un factor como el de la explotación de la fabulosa riqueza petrolífera atesorada en el subsuelo de esta región no se hubiera revelado como determinante. En su libro, consagrado a Mesopotamia, sir A. Wilson nos revela la causa esencial de la política de centralismo unitario por la que finalmente habría de decidirse la Gran Bretaña, «era impensable que los vilayatos de Basora y Bagdad pudieran mantener su existencia como Estado independiente, sin los recursos económicos que fundamentalmente se esperaban obtener del vilayato de Mosul». Iraq, privado de los *royalties* del petróleo de Mosul y Kirkuk, no era viable. Así, pues, había que «sobreser» las aspiraciones kurdas.

Animados por el sheik Machlout Barzani, nombrado en 1918 gobernador del vilayato por los ingleses, y con el apoyo de su sobrino el mollah Mustafa Barzani, los kurdos se sublevaron contra el gobierno de Bagdad, que sólo logró su salvación gracias a la intervención de la RAF. En 1931

la revuelta general termina en desastre para el clan Barzani. Forzados a exiliarse en Suleymaniya a la cabeza de un puñado de fieles. Pero la lucha, siempre latente, volvería a encenderse en 1945, sin otro resultado que hundir al Iraq en un caos de incertidumbre.

El pacto de Saab-Abad

La continuidad de la revuelta kurda condujo a los Estados que se reparten el territorio del Kurdistán (Turquía, Irán e Iraq) a firmar el Pacto de Saad-Abad (1937) que, entre otros fines, se proponía el de mantener tranquilas a las tribus kurdas y evitar que las bandas de guerrilleros kurdos convirtieran, alternativamente, en santuarios militares las provincias kurdas que las fronteras entre los estados signatarios separaban.

A finales de la Segunda Guerra Mundial el problema kurdo vuelve a surgir en el norte del Iraq por la rebelión generalizada de las tribus barazan. En agosto de 1945 todo el ejército iraquí pasa a la ofensiva. Bajo la presión de las tropas de Bagdad, apoyadas por la RAF, las fuerzas del jefe kurdo Mullay Mustafa Barzani, se vieron obligadas a replegarse, cruzar la frontera y retirarse al Irán, en donde combatieron a favor de Khadi Mohamed, fundador de la República Autónoma Kurda de Mahabat, en territorio iraní.

A finales de 1946 el ejército del sah pasa a la ofensiva y consigue, sin escatimar medios y excesos, acabar con el Estado Autónomo de Mahabat, y las tropas de Barzani se ven obligadas a emprender una larga marcha sobre las fronteras de cuatro países, al final de la cual y después de abrirse camino día a día logran ganar las fronteras de la Unión Soviética, donde las autoridades comunistas les ofrecieron el más cordial recibimiento.

La firma del Pacto de Bagdad en 1955, donde los intereses de las potencias occidentales que intentan levantar un dique que frene la política de infiltración comunista en el Próximo Oriente, se mezclaba con la política antikurda de los países signatarios —Iraq, Irán, Turquía— y los intereses de la «Internacional del petróleo», ha marcado para muchos observadores el final de una época y el comienzo de una nueva etapa en la historia del Medio Oriente. Etapa en la que un grupo étnico sólidamente constituido y bien diferenciado, de un nacionalismo claramente probado y bien conocido y que evita toda controversia de tipo racista con el simple argumento de «¿qué importa la raza?; nosotros nos sentimos kurdos hasta lo más profundo de nosotros mismos y no árabes». Es un argumento esencial que da al pueblo kúrdo el derecho a disponer de su destino, y, tal como lo entienden

en este momento crucial los dirigentes del movimiento kurdo, les lleva a perder toda esperanza en las promesas británicas y a pasarse, al menos estratégicamente, al bloque comunista.

Exiliado Mulla Mustafa Barzani en la URSS, los kurdos del Iraq habrían de continuar de una manera particularmente sorda su lucha contra la influencia de un Gobierno central, al que rehúsan reconocer la plena soberanía. Viviendo en las provincias del Norte del país, con la secular costumbre de refugiarse y hacerse fuertes en sus inaccesibles montañas, los kurdos del Iraq acabarían por tomar poco a poco las riendas de una resistencia y una guerrilla que multiplicaba paulatinamente su capacidad ofensiva, sus golpes de mano, sus actos de sabotaje, su capacidad operativa en el plano puramente militar.

A partir de este momento, los gobernantes de Bagdad han identificado comunismo con el movimiento nacionalista kurdo, el clan Barzani y el Partido Democrático del Kurdistan Iraquí (PDKI).

La revolución iraquí del 14 de julio de 1958

El golpe de Estado del 14 de julio de 1958 transformó completamente las relaciones kurdo-árabes en el seno del Estado iraquí. Era la primera vez en la historia del país que un texto oficial como la Constitución provisional del nuevo régimen republicano, instaurado por el general Kassem en el país de los dos ríos, proclamaba: «Los árabes y los kurdos están asociados en la nación y sus derechos se hallan garantizados en el seno de la entidad iraquí.»

Inmediatamente, al norte del Iraq surge una prensa en lengua kurda. Si esta prensa apoya incondicionalmente al régimen republicano del general Kassem, no por ello reivindica con menos vigor la inmediata implantación de la autonomía lingüística, cultural y administrativa del pueblo kurdo: una emisora de radio, distinta de Radio Bagdad, para emitir en kurdo la totalidad de los programas. El general Zaim Kassem, de origen kurdo, aunque de cultura árabe, se hallaba bien dispuesto hacia los kurdos. Quizá para buscar el apoyo de las masas autorizó el retorno de la URSS de Mulla Mustafa Barzani. Lo recibió amigablemente, le homenajeó y le ofreció, en prueba de su buena disposición y como regalo de bienvenida, el palacio de un común enemigo: Nuri Said.

En todo este cambio de actitud, que con respecto a los kurdos sacude la vieja y tradicional política de Bagdad, no debe perderse de vista el

conflicto que enfrentó, por el liderazgo panarábigo, a Nasser y Kassem y que el Rais decidiera, sobre el terreno de la propaganda, reemplazar los ataques contra la política exterior del Iraq, que las opciones de Kassem hubieran hecho inoperantes, por los ataques, de una rara violencia, contra la política de Bagdad con respecto a los kurdos, decidiéndose, seguidamente, a actuar directamente en el terreno de la subversión.

De todos los problemas del Iraq con que se enfrentaba Kassem, el de los kurdos, era, sin ningún género de dudas, el más difícil de resolver. Sin embargo, el interés que demostró Nasser en el conflicto que les enfrentaba, después de tantos años, al Gobierno central de Bagdad, no engañó a los dirigentes kurdos sobre cuáles eran los verdaderos sentimientos e intenciones del Rais y cuáles los sentimientos del líder egipcio hacia la causa del Kurdistán.

Para Mustafa Barzani, su jefe indiscutido, estaba claro que el nacionalismo árabe de un Gamal Abdel Nasser se situaba en las antípodas del nacionalismo kurdo, oprimido, de una u otra forma, desde hacía siglos. Pero lógico consigo mismo, no disimuló la satisfacción que le producía ver que se pidiese a su pueblo se pronunciara en favor de uno u otro de los campos enfrentados, es decir, que él, Barzani, tenía que escoger entre Kassem o Nasser. ¿Qué le importaban a él los móviles de Nasser? ¿No era lo esencial ser tenido en cuenta, de contar en el Oriente Medio, donde siempre se les había marginado?

Por su parte, Kassem había calculado, en toda su exactitud, la importancia que tenían para la consolidación de su régimen, sus relaciones con la minoría kurda. Así, a fin de cortar por lo sano la maniobra de El-Cairo, hizo unos cuantos gestos espectaculares, y en especial las medidas sin precedentes en relación a las reivindicaciones de la minoría kurda.

Sin embargo, esta amigable situación entre el nacionalismo kurdo y el centralismo árabe de Bagdad, no tardaría en deteriorarse rápidamente, a pesar de la participación de las milicias kurdas en la sangrienta represión del levantamiento de Mosul contra el régimen de Kassem.

Dirigidos por el clan Barzani, los mandos del PDKI van expulsando de los puestos de responsabilidad en las provincias del norte del Iraq a los elementos fieles a Bagdad, y sustituyéndolos por sus hombres en los puestos claves de la región. Por el camino de los hechos consumados los kurdos del Iraq se embarcan en la operación de establecer un Kurdistán autónomo sobre las más ricas regiones del país. La formación de este Kur-

distán autónomo se encontraba en una fase tan avanzada que Kassem se vio obligado a actuar.

Mientras que la propaganda de Bagdad identifica PDKI, intervención soviética en los asuntos internos del Iraq y clan Barzani, este último lanza un llamamiento general a la lucha armada por la autonomía kurda y para la instauración de instituciones democráticas en todo el país. La consecuencia inmediata es la ruptura de las conversaciones entre Bagdad y los dirigentes kurdos y, al igual que en la época hachemita, el ejército iraquí pasa al ataque con fuerzas motorizadas, aviación y gran despliegue artillero. El PDKI es declarado ilegal en todas las provincias del Estado iraquí y sus bienes incautados por el gobierno.

Sin embargo, a finales del verano de 1961 la guerra kurda parece entrar en vías de una solución de compromiso. Pero la realidad es muy distinta: con la llegada del invierno, que cierra el acceso a las montañas del Kurdistán a las unidades motorizadas del ejército regular iraquí y dificulta las operaciones aéreas, la lucha entra en un período de «sueño invernal», pero las hostilidades recomenzaron con la llegada de la primavera.

En 1961, sólidamente encuadrada por el general Mustafa Barzani, la insurrección armada de los kurdos alcanzaría un grado de organización hasta el momento desconocido en la historia de las revueltas kurdas, y la guerra duraría cerca de diez años, entrecortada por los descansos invernales y efímeros acuerdos concluidos con los diferentes regímenes «revolucionarios» que habrían de sucederse en Bagdad, convirtiéndose poco a poco por la inevitable fuerza de los hechos en una verdadera e inexorable guerra civil.

Durante el año 1962 los campesinos del Kurdistán sufrirán los incesantes ataques de la aviación iraquí: los pilotos se encarnizarán machacando aldeas a fin de evitar todo punto de apoyo a los rebeldes; también atacaron ferozmente a los rebaños de ganado, principal riqueza de los montañeses kurdos; en cuanto a las concentraciones de rebeldes, serán atacadas con napalm nada más localizadas.

A finales de 1962, los delegados del Baas y los pronasseristas de Aref entran en contacto con la rebelión kurda. No tardarán en ponerse de acuerdo y en atribuir la responsabilidad de la guerra a Zaim Kassem. Abatido el régimen del general Kassem, el Baas otorga por fin la prometida autonomía a los kurdos.

Después de la trágica muerte de Kassem el 8 de febrero de 1963, Barzani acepta el alto el fuego, da orden a sus milicias para el cese de operaciones y los kurdos—sin abandonar las armas—esperan en vano la más leve manifestación de un comienzo en la realización del programa de autonomía.

El anuncio, hecho el 17 de abril de 1963, de la creación de una República Árabe Unida entre Egipto, Siria e Iraq, caerá como una bomba entre los dirigentes del movimiento kurdo, que se sentirán como cogidos en una poderosa trampa. Efectivamente, ¿cuál es el porvenir que puede esperar dentro de este nuevo estado la etnia kurda? El ser aplastado de forma definitiva es el porvenir que, a plazo más o menos largo, les espera. Una vez más Barzani dirige a Bagdad la larga lista de las reivindicaciones de su comunidad; en ella se pide una cierta autonomía administrativa para todas las regiones kurdas del Norte, que englobaría los distritos donde la población kurda es predominante, es decir, Kirkuk, Suleimaniya, Dhok, Anjar, Al Aqr, Okho, Akrah, Imadiya, Sheikhan y Khanakin. Bautizado «estado» o «gobierno» del Kurdistán, esta región autónoma estaría gobernada por un consejo ejecutivo que se encargaría de todas las relaciones con el gobierno central de Bagdad. El «gobierno» del Kurdistán dispondría, igualmente, de un órgano legislativo propio. La lengua oficial sería el kurdo. Una determinada distribución de la renta nacional se preveía también, aunque sin precisar cantidades, aunque la postura de la población kurda ha sido siempre la de la proporcionalidad con respecto al censo de población. A esta nota Bagdad respondió nuevamente con la guerra. La expedición iba a reducirse, en opinión del ministro iraquí de defensa, a una simple excursión por las montañas del norte.

Como siempre, la revuelta kurda paraliza el poder en Bagdad. Minado por sus querellas intestinas, el Baas desaparece del gobierno, pero la impopular guerra civil con los kurdos continuará su curso habitual.

El presidente de la República del Iraq se verá obligado, una vez más, a buscar un terreno de entente con Barzani y, ante la sorpresa general, el viejo caudillo de la revuelta kurda acepta el alto el fuego, que se fija el 10 de febrero de 1964. Este cese de las operaciones militares, decidido personalmente por Mustafá Barzani, dio lugar a una profunda irritación entre sus adjuntos, jóvenes militantes, marxistas en su mayor parte, sin la experiencia personal del viejo caudillo de la revuelta, pero mejor formados que él en el terreno de la dialéctica y partidarios resueltos de una dirección co-

legiada del PDKI, por lo que ante la rígida disciplina exigida por Barzani respecto a sus decisiones, darían lugar a la formación de la «Dirección central».

Apostando sobre los efectos de estas disensiones en el seno de la clase dirigente de la rebelión kurda, Bagdad intentaría ganar tiempo, y ganó el suficiente para que Barzani se viera obligado, a fin de mantener y asegurar la unidad y cohesión de sus fuerzas, a lanzarle el ultimátum de febrero de 1965. Así, pues, comenzó otra vez la guerra, y por primera vez, el invierno de 1965-66 no vio la interrupción de las hostilidades como hasta entonces había sido habitual en la historia de la rebelión kurda.

En tanto que el ejército nacional iraquí preparaba su ofensiva de primavera, los kurdos, fatigados por la guerra, deseaban un cierto descanso. La muerte accidental de Aref—sin que falte quienes vean en ella la oculta mano kurda—vino demasiado oportunamente, tan a propósito que, en numerosos medios iraquíes se vio la mano kurda en el accidente aéreo que costó la vida al presidente Aref. En consecuencia con los rumores, el hermano del presidente difunto, elevado a la máxima magistratura del país, tomó rápidamente posición sobre la cuestión kurda: «Ninguna autonomía será jamás acordada a los kurdos, pero el gobierno se halla presto a asegurarles una vida próspera y feliz idéntica a la de los demás ciudadanos. El gobierno no abandonará nunca una sola pulgada de territorio nacional.»

Las operaciones militares se prolongaron durante 1966 hasta el 29 de junio, fecha en la que se concluye el acuerdo Aref-Barzani, a partir de la base de un plan de doce puntos, que se resumen del modo siguiente:

- 1) El gobierno iraquí reconoce la nacionalidad kurda.
- 2) La nacionalidad kurda habrá de ser tenida en cuenta en las medidas encaminadas a realizar la descentralización administrativa del Estado.
- 3) Se reconoce la lengua kurda como oficial en los distritos del Norte del país.
- 4) Se organizarán rápidamente elecciones legislativas.
- 5) Los kurdos estarán representados en los principales organismos del Estado, en proporción a su importancia dentro del censo de población iraquí.
- 6) Los kurdos tendrán acceso a los puestos del Estado Mayor y a las cátedras de la Universidad.

- 7) La Administración de las provincias del Norte del país tendrá un neto carácter kurdo.
- 8) Se autorizará la edición de prensa en lengua kurda.
- 9) Será proclamada una amnistía general.
- 10) Se devolverá a los disidentes los puestos por ellos ocupados con anterioridad a la guerra civil.
- 11) Se nombrará un ministro especial para la reconstrucción de las provincias del Norte devastadas por la guerra.
- 12) Los exiliados serán ayudados a reintegrarse a su país y a sus hogares.

La estricta observación de este plan hubiera podido llevar la paz al país, pero durante la segunda mitad de 1966, que se caracteriza por la deterioración de las relaciones entre el Irán e Iraq, los incidentes en la frontera entre ambos países vienen a complicarse con frecuentes rupturas de alto el fuego entre el ejército nacional iraquí y las milicias del general Barzani. Así, a finales de 1966, llegaba a Occidente un memorándum kurdo que anunciaba que los combates no habían prácticamente terminado en el Norte del Iraq y que la cuestión kurda se encontraba, como de costumbre, en su punto de origen.

Este primer acuerdo habría de servir, no obstante, de base a los dirigentes baasistas, una vez llegados al poder el 3 de agosto de 1968, diecisiete días después de haber sido derribado el régimen del general Aref, de modo que los nuevos dueños del poder central de Bagdad se comprometían solemnemente a resolver el problema kurdo de forma pacífica y conforme a los principios de la equidad, de conformidad a lo postulado en los acuerdos de 1966.

En febrero de 1969 el general Hassan el-Bakr, jefe del Estado y del gobierno del Iraq, anuncia la liberación de los presos políticos «para crear la atmósfera favorable para la unificación de todos los esfuerzos» y lanza una llamada a los kurdos, «dado que las fuerzas progresistas kurdas trabajan en el mismo sentido y dirección que nosotros», declarando su personal deseo de llegar a una solución pacífica. Sin embargo, semanas después de esta brillante alocución (en marzo), un periodista del *Daily Telegraph* revelaba que cerca de 60.000 soldados iraquíes habían desencadenado la tradicional ofensiva de primavera contra las milicias del general Barzani, y que la respuesta de éstos no se había dejado esperar y habían llevado a cabo un importante *raid* contra las instalaciones petrolíferas de Kirkuk, pertenecientes a la Iraq Petroleum Company.

La existencia de los importantes yacimientos petrolíferos en las provincias del Norte del Iraq, las mismas que reclaman los kurdos para constituir su «gobierno», constituye, en definitiva, la principal razón del conflicto. Es en torno a los campos petrolíferos que han tenido lugar los más encarnizados combates. Es por su explotación que las dos partes deberían, como la postura más razonable, ponerse de acuerdo. Un acuerdo para el que aparentemente no existen resistencias ideológicas, con el Baas nuevamente en el poder, dado que recientemente, Michel Aflak, fundador y teórico del Baas, escribía en una revista editada en kurdo (*El Ahrar*): «La satisfacción de las reivindicaciones del movimiento nacional kurdo se inscribe en la línea de conducta de la revolución árabe... El movimiento kurdo, añadía, es un elemento legítimo y auténtico de la revolución árabe contra el imperialismo, el sionismo y la explotación de clases.»

II

LAS DOS ALAS DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO DEL KURDISTÁN

Nuevas tensiones en Iraq

El idilio entre Mullay Mustafa Barzani y el gobierno baasista de Bagdad, así como las esperanzas de paz de los kurdos del Iraq, habrían de durar exactamente nueve meses. Ciertamente existe un tático alto el fuego, pero ambos bandos se preparan para una nueva ronda de la ya endémica guerra civil, que comenzó hace diez años. Los kurdos del general Barzani, que han luchado por la autonomía de las provincias del Norte del país, donde constituyen mayoría, y por un Estado iraquí democrático, se hallan en la actualidad desbordados por los nuevos derroteros por los que parece encauzarse la «cuestión kurda». A diferencia de los pasados años, la dirección barzanista del PDKI se encuentra con que, no sólo tiene que enfrentarse con el gobierno de Bagdad, que no desea ni lo uno ni lo otro, sino también con los elementos más radicalizados del ala izquierda de su propio partido, que no se contenta con las metas alcanzadas, sólo sobre el papel, el 11 de marzo de 1970, en los acuerdos que los baasistas se avinieron a firmar para consolidar su situación interior y, en particular, bajo la presión soviética. Metas que el propio Barzani había ya calificado de «promesas carentes de significado real». Sin embargo, no por esto quiso dejar es-

capar la óportunidad de una paz o, al menos, de una pausa en las hostilidades; pero aunque firmó, se negó a desarmar su ejército de 25.000 hombres y mucho menos quiso aceptar una invitación del gobierno para ir a Bagdad.

Desde el comienzo de la guerra, en 1961, Barzani no ha abandonado el territorio montañoso en el noroeste del país, que se encuentra bajo el control de su ejército y no recata su convicción de que no regresaría de Bagdad si se desplazara a la capital de la República. Probablemente no le faltó razón si se tienen presentes los poco constitucionales métodos empleados en Bagdad, durante los últimos trece años, en el relevo de las más altas magistraturas del Estado.

Según el general Barzani, los kurdos representan para el gobierno de Bagdad «el chivo expiatorio» de un gobierno que «persigue a todo el mundo». No piensa en el bienestar del pueblo, por ello, afirma, debemos tratar de conseguir un cambio en el gobierno, un cambio que implante en Bagdad un gobierno democrático. Es aquí, a partir de esta postura donde radica la fuerza del movimiento que acaudilla Barzani, gracias a la cual ha sabido granjearse la adhesión de elementos no kurdos de la población iraquí. Por esto, y por la latente discrepancia entre el PDKI de Barzani y el gobierno de Bagdad, a propósito de la aplicación de los acuerdos de marzo de 1970 y que a mediados de 1971 acabarían haciendo crisis, al quebrarse la situación en su aspecto más delicado: el nuevo censo previsto en los acuerdos de 11 de marzo y que habría de permitir, entre otras cosas, la determinación de las regiones kurdas que habrían de gozar de la autonomía administrativa.

En una carta dirigida al presidente de la República, el general Barzani acusaba al presidente Bakr de regresar al punto de partida al remitir a fechas indeterminadas la realización del citado censo de población. Igualmente denunciaba las maniobras dilatorias destinadas a provocar una concentración de población árabe en la ciudad de Kirkuk y sus arrabales, al objeto de obtener una mayoría de población no kurda en el censo de dicha provincia, rica por sus fabulosas reservas petrolíferas, y que en la actualidad producen los dos tercios de la producción petrolífera del Iraq. En su respuesta, el presidente Bakr recordaba al general Barzani que, constitucionalmente, seguía siendo el responsable de la integridad territorial del Iraq y que, frente a cualquier evento que pudiera ponerla en peligro, «el ejército nacional iraquí, que se hallaba liberado de sus obligaciones en el frente oriental de Jordania—límitrofe de Israel—, no dudaría en intervenir para

hacer respetar la ley». Irritado por el tono de esta respuesta, el general Barzani convocó sobre la marcha un Congreso extraordinario del PDKI, llamando a los cinco ministros y a todos los altos funcionarios kurdos del gobierno central, del que formaban parte desde los históricos acuerdos de 11 de marzo de 1970.

Sin embargo, el PDKI tiene también, a la hora presente, no pocas dificultades con sus propios extremistas de izquierda, integrados en la «Dirección Central» del partido comunista iraquí, nacido en 1967, a raíz de la disconformidad y escisión que se produjo entre los mandos medios y militantes de base contra el «Comité Central» del PDKI, acusado de colaborar con el gobierno y de seguir una línea «derrotista, pacifista, revisionista y reformista».

Esta nueva tendencia, muy próxima de las concepciones castristas y, en especial de las «guevaristas», con acusados matices trotskistas y maoístas, pone de manifiesto la nueva línea política, por donde, en los próximos años, no es imposible discurra el movimiento nacional kurdo.

Ya en 1968, la «Dirección Central» llevó a cabo un ensayo para organizar «focos» guerrilleros en las regiones pantanosas kurdo-árabes del Sur del Iraq. Guerrillas que fueron montadas en estrecha cooperación con la revolución kurda del Norte del país y la izquierda marxista árabe. «Focos» de resistencia popular armada que, por otra parte, fueron rápidamente ahogados, no en los pantanos, sino en un baño de sangre, en el que halló la muerte Khaled Ahmed Zaki, antiguo presidente de los estudiantes iraquíes en Gran Bretaña y miembro de la Secretaría de la Fundación Bertrand-Russell.

La «Dirección Central», integrada en su mayoría por hombres que han colaborado estrechamente en las actividades terroristas del FPDF palestino del doctor G. Habash y con los «fedayines turcos», considera, según tiene declarado en múltiples ocasiones, al régimen baasista de Bagdad como «una dictadura neocolonialista y fascista» que debe ser derribada a través de una «lucha armada popular».

El punto de vista de la «Dirección Central» sobre el alto el fuego en el Kurdistan iraquí, ha sido expuesto en los siguientes términos: «El gobierno no trata de ganar tiempo, porque se encuentra demasiado débil y demasiado aislado para hacer frente simultáneamente y de forma eficaz a la izquierda iraquí y a la revolución kurda. El acuerdo es únicamente táctico y el gobierno recomenzará, inevitablemente, la guerra contra el pueblo

kurdo, cuando haya infligido a la izquierda iraquí, y en particular al partido comunista kurdo, un golpe suficientemente fuerte. En tanto que representantes de la línea proletaria del movimiento de liberación kurdo, nosotros condenamos la participación en el gobierno de Bagdad de ministros kurdos, los cuales, con su silencio, refrendan la sangrienta represión que se abate sobre nuestros camaradas, de la misma forma que condenamos el apoyo del revisionismo mundial, con la URSS a la cabeza, a la camarilla sanguinaria y fascista del Baas iraquí.

Del tono y terminología de esta literatura política se deduce fácilmente los nuevos elementos ideológicos y diplomáticos que, al margen de la Unión Soviética y los llamados imperialistas occidentales, comienzan a tirar de los hilos que, en el laberinto del Oriente Medio, no parece conduzcan a ninguna salida aceptable por los grandes intereses implicados en esta zona del planeta.

Para otros, en revancha, que llaman la atención sobre el hecho de que las últimas víctimas del poder baasista de Bagdad eran, en esta ocasión, elementos de extrema derecha, ven en ello los primeros pasos por la vía de apertura a la izquierda y de una aproximación del régimen de Bagdad con los países del Este. Efectivamente, no conviene olvidar que la Unión Soviética es el principal proveedor de material de guerra de Bagdad y que los *Mig* soviéticos son empleados para regar con napalm las poblaciones kurdas, y que esta situación—hábilmente explotada por la China Popular—no ha sido, precisamente, la más apropiada para aureolar la imagen que del primer Estado socialista se hacen los países del «Tercer Mundo». Tampoco conviene olvidar los nefastos efectos que produce la prolongación de la guerra entre la población kurda que vive en territorio soviético.

La evolución de la situación en el Kurdistán iraquí viene confirmada por los derroteros que se aprecian en el Kurdistán turco, iraní y sirio. Derroteros que parece vienen a confirmar las previsiones más pesimistas.

Sea lo que fuere, la presión que la nueva izquierda kurdo-árabe ejerce, es, según parece, lo suficientemente sólida para que el Comité supremo para los asuntos del Norte, creado el 11 de mayo de 1971, por decisión del Consejo del Alto Mando de la Revolución iraquí, decidiera, quizá para buscar congraciarse con el general Barzani, retirar sus armas a los «Caballeros de Saladino», brigada especial de voluntarios kurdos, que había luchado junto al ejército nacional iraquí contra las milicias de Barzani durante la guerra civil.

Pero de cualquier modo, la cuestión kurda en Iraq sigue siendo la clave de la evolución del problema en su conjunto. Los históricos acuerdos de 11 de marzo de 1970 han levantado una esperanza sólo comparable a las que en su día suscitó el tratado de Sèvres. Además, por primera vez, un gobierno iraquí reconocía solemnemente la «autonomía» kurda, superándose con ello el discutido concepto de «descentralización administrativa», manipulado hasta entonces, como solución jurídica al problema kurdo en el norte del país. Una verdadera alianza se instauraba entre el Baas y el Partido Democrático del Kurdistán Iraquí y cinco ministros entraban a formar parte del gobierno de Bagdad: Mohammed Mahmud (Asuntos del Norte), Nuri Shawes (Obras Públicas), Saleh Yussefi (ministro de Estado), Ihsan Chirzad (Asuntos Rurales y Municipales) y Nafez Djalal (Agricultura). Los tres primeros eran, asimismo, miembros del «Comité Central» del PDKI.

No obstante, como es bien sabido, la personalidad kurda, designada por el VIII Congreso del PDKI, reunido en Nao-Perdan a principios de julio de 1970, para ocupar la Vicepresidencia de la República iraquí, Mohammed Habib Karim, secretario general del PDKI, no llegaría a recibir el beneplácito del Consejo Nacional de la Revolución, que monopoliza todos los poderes en Iraq, lo cual no ha dejado de crear una persistente sombra en las relaciones entre Bagdad y el PDKI.

La concepción kurda de la «autonomía» lleva implícita una delimitación geográfica muy precisa y concreta de los territorios sobre los que habrán de ejercerse las competencias específicas del gobierno regional kurdo. Esta delimitación exige la celebración de un referéndum en la zona litigiosa de Kirkuk, rica por sus yacimientos petrolíferos, con una población compuesta de kurdos, árabes, turcomanos y asirio-cristianos, y en la que el gobierno central de Bagdad no ha cesado desde 1963 de llevar a cabo una implantación masiva de nuevos núcleos de población no kurda, con el fin de «arabizar» al máximo la región y sustraerla de este modo al Kurdistán. Este referéndum que, al menos hasta el presente, no ha llegado a celebrarse ni hay indicios de que se realice en un inmediato futuro, ante la oposición sistemática de Bagdad, está contribuyendo, de forma perniciosa, a envenenar las relaciones entre los kurdos y el gobierno central; que, últimamente ha clausurado ciertas dependencias del PDKI en los centros urbanos del Kurdistán y prohibido algunos números del diario *Taakhi* (*La Fraternidad*), órgano central del PDKI.

Sin embargo, estas medidas no deben ser objeto de una interpretación más pesimista de lo que realmente significan. Los kurdos, al precio de diez años de lucha armada y de incalculables sufrimientos, han adquirido en el Iraq una posición incontestablemente fuerte, tanto en el plazo político como en el militar—en la actualidad, más de un tercio de los efectivos del ejército nacional iraquí lo constituyen elementos kurdos—, y la moderación de las reivindicaciones de Mulla Mustafá Barzani ha constituido, finalmente, una inversión política que se ha demostrado altamente rentable, pues gracias a ella ha podido evitarse en Iraq una guerra de secesión, guerra que, lógicamente pensando, hubiera originado un genocidio similar a los que han tenido lugar, en fechas recientes, en otras regiones del planeta y ante los cuales la ONU, paralizada por el principio de «integridad territorial» y «la soberanía de los Estados-miembros», ha permanecido pasiva, mientras que U Thant, por su parte y como secretario general de la Organización internacional, no ha podido hacer otra cosa que declarar, cuando ante la conciencia universal se desgarraba el drama de Biafra, que: «La ONU no permitirá ninguna secesión, ni en Nigeria, ni en ningún otro Estado miembro de la ONU.» Así se explica que las Naciones Unidas no se hayan dignado responder a una sola de las múltiples llamadas que les fueron formuladas por los responsables kurdos en los más álgidos momentos de la guerra.

La alianza del nacionalismo kurdo en Turquía con el POT

Después de haber hecho durante largos años el más completo silencio en torno al problema kurdo en Turquía, los dirigentes de Ankara le daban a finales de mayo de 1971 la más ruidosa publicidad, al afirmar que el país se hallaba bajo la amenaza de una rebelión que apuntaba a la creación en la Anatolia Oriental de un Estado kurdo independiente.

De la noche a la mañana la cuestión kurda se ha convertido, junto al terrorismo urbano, los movimientos «guevaristas», la reacción clerical y la recesión económica, en uno de los principales problemas del país.

Al airear la amenaza kurda, los nuevos dirigentes turcos han, prácticamente, renunciado a la doctrina oficial, que consistía en negar la existencia de kurdos en el país. A este respecto, en 1924, había sido elaborada por el régimen de Kemal Atatürk, una teoría según la cual los kurdos establecidos en la Anatolia Oriental eran calificados de «turcos montañeses» o «turcos de las montañas». En julio de 1960, dos meses después de la toma

del poder por el ejército, el nuevo presidente de la República, el general Gursel, había llegado incluso hasta llamar al orden a un embajador extranjero que le preguntaba acerca de la política que el nuevo régimen seguiría con respecto a los kurdos. El jefe del Estado afirmaba entonces que aquel diplomático «no tenía el menor conocimiento de la historia y que en Turquía no existía nada que pudiera ser calificado de kurdo o nacionalismo kurdo».

Con semejantes palabras el general Gursel definía categóricamente la actitud del nuevo régimen respecto al problema de los kurdos, y el nuevo régimen de Ankara continuaba fiel a la política kemalista de asimilación. Revolucionario en tantos otros terrenos, el kemalismo se manifiesta de un nacionalismo estrecho con respecto al problema de las minorías étnicas en general y de los kurdos de Anátolia en particular. El mito de los turcos de las montañas serviría además de pretexto a Ataturk para escamotearles los derechos garantizados a otras minorías étnicas por el tratado de Lausana.

Vencido por las armas, el movimiento nacionalista kurdo hubo de refugiarse en la clandestinidad. Su eclipse iba a durar cerca de veinte años. La revolución iraquí de julio de 1958, una de cuyas consecuencias fue el reconocimiento a los kurdos del Iraq de una amplia autonomía cultural, contribuiría al renacimiento del movimiento nacionalista kurdo de Anátolia Oriental. Comenzaba una larga batalla para la conquista de los derechos culturales de la minoría kurda en Turquía. Desde 1959 se multiplicaban las detenciones de militantes nacionalistas. La mayoría de las personas arrestadas fueron acusadas de diversos delitos contra la seguridad del Estado y de mantener relaciones con los separatistas «barzanistas», pero ninguna acusación precisa seguiría a las anteriores acusaciones. Los «documentos comprometedores» encontrados por la policía en el domicilio de las personas detenidas eran en su mayoría publicaciones relativas a la lengua, la literatura y la historia del pueblo kurdo.

Sin embargo, es a partir de 1967 cuando la cuestión kurda empieza a preocupar seriamente de nuevo a las autoridades. En efecto, el Partido Obrero Turco había hecho de la lucha en favor de los derechos del pueblo kurdo uno de los principales capítulos de su acción, afirmando que ese problema no podía ser resuelto sino dentro del «marco de la lucha por el socialismo llevada por la clase obrera». El ejemplo del POT fue rápidamente seguido por los movimientos «gochistas», y de manera especial por el de De Genc, quien, por su parte, estimaba que el pueblo kurdo no alcanzaría sus dere-

chos más que por el camino de la lucha armada. En 1969 surgieron en la mayoría de las ciudades y aldeas del Kurdistán turco los Hogares culturales revolucionarios del Este, afiliados al Partido Obrero, y cuyo objetivo principal era informar a la opinión turca y mundial del problema kurdo y de la represión del gobierno de Ankara en la Anatolia Oriental.

La represión tomó aspectos realmente inquietantes con el desencadenamiento a partir de abril de 1970 de *raids* de gran envergadura realizados por unidades especiales de la policía contra una serie de núcleos de población del Este de Anatolia. Oficialmente, tales operaciones tenían como objetivo el descubrimiento de los depósitos de armas ocultos en la región. Sin embargo, no tardarían en transformarse en tentativas de intimidación con respecto a la población local. Según las encuestas realizadas sobre el terreno por periodistas turcos dignos de fe, tales operaciones han degenerado con bastante frecuencia en sesiones de tortura colectiva. El periodista Ismail Cem de Milliyet escribía a este propósito que dichas operaciones habían, con frecuencia, escapado al control del gobierno, llegando a convertirse en «un instrumento de represión de tipo fascista encaminado a sembrar la desunión entre las poblaciones de Anatolia».

No plantea ninguna duda que, con la proclamación de finales de abril de 1972 del estado de sitio a Diyarbakir y a Siirti, los principales focos del nacionalismo kurdo en Anatolia Oriental, los dirigentes de Ankara han escogido una vez más la manera fuerte para sofocar el movimiento. Semejante política —la experiencia lo ha demostrado ampliamente— no tiene la menor posibilidad de alcanzar sus objetivos.

Los problemas planteados por la existencia en Anatolia Oriental de cinco a siete millones de kurdos no serán realmente resueltos más que el día en que se tengan en cuenta sus particularismos nacionales a la luz del retraso económico de las regiones ocupadas por el pueblo kurdo.

La reorganización del movimiento kurdo en Turquía, aplastado después de las sangrientas represiones de la primera mitad del siglo xx, se inicia a comienzos de la década de los sesenta, época en que tiene lugar en Ankara un gran proceso contra 49 intelectuales kurdos, acusados de conspiración para constituir un Estado kurdo. Sin embargo, y a pesar de lo que se ha dicho en más de una ocasión, la aparente influencia que sobre el renacimiento del movimiento nacionalista kurdo en Turquía haya tenido el movimiento nacionalista kurdo del Iraq, que había tenido la ocasión de poder organizarse libremente durante los dos primeros años de la revolu-

ción del 14 de julio de 1958, debe ser reducida a sus justos límites, y, en cierta medida, puede afirmarse todo lo contrario, es decir, que han sido los kurdos de Turquía, y en particular los de las zonas fronterizas turco-iraquíes, quienes han aportado a la revolución kurda en Iraq una ayuda material nada despreciable, mientras que el Kurdistan iraquí no tenía otra cosa que ofrecer a los kurdos de Turquía e Irán que el valor de su ejemplo. Ejemplo de valor muy limitado, y sobre todo muy condicionado por el hecho de que la dirección del movimiento insurreccional kurdo del Iraq, deseando evitar a toda costa la constitución de una triple alianza entre los gobiernos de Teherán, Bagdad y Ankara que pudiera perjudicarlo, ha tenido siempre el mayor cuidado de precisar que la revolución kurda en el Kurdistan iraquí era algo que sólo atañía a los kurdos del Iraq, aunque semejante postura se hallará en flagrante contradicción con el artículo 23 de los Estatutos del Partido Democrático del Kurdistan Iraquí.

En 1967 una rama del Partido Democrático del Kurdistan, con secciones en Siria, Irán e Iraq, en cuyo artículo 23 de sus Estatutos se precisa: «Sostenemos la lucha del pueblo kurdo en las diferentes partes del Kurdistan para su liberación del yugo del imperialismo y de la reacción, luchamos por el derecho de la nación kurda a la autodeterminación», fue constituida clandestinamente en Turquía, con absoluta independencia de la dirección barzanista del Kurdistan iraquí y con el claro apoyo de la sección siria del PDK, y cuyo fundador, Fayek Bucak, diputado por Urfa, no tardaría en ser víctima bajo las balas de un extremista de derecha incontrolado.

Entre las demás organizaciones clandestinas kurdas que se agitan actualmente en Turquía, es preciso mencionar el Partido de la Liberación de los Kurdos de Turquía, la Organización para la libertad (Kómela Azadi) y, sobre todo, la Organización de Combatientes del Kurdistan (Komela Tekosheren Kurdistan), que publica, en lengua kurda, un boletín llamado *La Tempestad (Bahoz)*. En 1970, una organización juvenil kurda, en el seno del POT (Partido Obrero de Turquía) era creada en todas las ciudades y aldeas del Kurdistan Turco, bajo la denominación de «Hogares culturales revolucionarios del Este» (Devrimci Dogu Kultur Ocaklari, DDKO), comenzando la publicación de un boletín dedicado, en su esencia, a relatar los excesos perpetrados en el Kurdistan turco por una organización de comandos turcos, creada después de la firma de los acuerdos del 11 de marzo de 1970 entre el PDKI y el gobierno de Bagdad, con el fin de «combatir las maniobras separatistas kurdas en Turquía apoyadas por Barzani». Pronto los boletines

comenzaron a hablar audazmente de «Los pueblos de Turquía», y la extrema izquierda turca no tardó en hacer lo mismo. Como en el caso de otros movimientos de renacimiento nacional, las actividades nacionalistas de los kurdos en Turquía se han proyectado, en unos primeros momentos, sobre el terreno cultural. Al mismo tiempo que renacía el interés por la literatura kurda, nacía en Turquía una amplia corriente científica que tenía por objeto el estudio de los fundamentos económicos y sociales del «Problema del Este». Todos los estudios publicados llevan a las mismas conclusiones: el enorme retraso económico y social de la Anatolia Oriental, es decir, del Kurdistán turco, con respecto al resto del país.

Por otro lado, las estadísticas oficiales indicaban que en las provincias del Este, entre un 65 y un 95 por 100 de la población no hablaba turco; que el índice de analfabetismo alcanzaba niveles, según estadísticas de 1965, del 72 por 100 de la población, frente a un 44.5 por 100 en el resto del país, al tiempo que más del 65 por 100 de los núcleos de población de las provincias orientales carecía de escuela primaria. Según cifras publicadas por el Instituto Científico del Estado, sólo un 5,6 por 100 de la industria se halla ubicada al Este, cuando el Kurdistán representa dentro del conjunto del país el 30 por 100 de la superficie nacional, y en la que vive el 21 por 100 de la población, es decir, aproximadamente, unos 7.500.000 individuos, en su mayoría kurdos.

Como era presumible, en estas circunstancias donde acaece el fenómeno político que aclara la fuerza actual del movimiento nacional kurdo en Turquía: la fusión de las reivindicaciones lingüísticas y culturales kurdas de unas minorías de intelectuales en las ciudades con las reivindicaciones sociales y económicas de amplias masas populares, mayoritariamente campesinas.

Por otro lado, el Partido Obrero de Turquía (POT), la más importante organización de la izquierda turca, ha tenido siempre su clientela más numerosa en las provincias del Este de Anatolia, es decir, en el Kurdistán Turco. Era lógico esperar que los nacionalistas kurdos, que habían llegado al convencimiento de que nada podían esperar de la derecha turca, animada de un nacionalismo agresivo y etnocida con relación al pueblo kurdo, buscara en los partidos de izquierda el cuadro para luchar por los derechos elementales cuyo reconocimiento reclaman desde el tratado de Lausana.

En un principio, el POT no adoptó una postura clara respecto a la cuestión kurda en Turquía; sólo algunos de sus representantes, y a título per-

sonal, expresaban en el Kurdistán su desaprobación a la política oficial con respecto a los kurdos, planteando, en todo momento, la «cuestión kurda en Turquía» o «cuestión del Este» como expresión de un «desarrollo desigual del capitalismo».

El paso definitivo fue dado con ocasión del IV Congreso del Partido, celebrado en Ankara del 28 al 31 de octubre de 1970. Las resoluciones adoptadas entonces sobre la cuestión kurda tienen un carácter histórico, y de ellas puede afirmarse inauguran una nueva etapa en las relaciones turco-kurdas: En dicha resolución se declaraba textualmente:

«El IV Congreso del Partido Obrero de Turquía reconoce y declara públicamente que:

- El pueblo kurdo existe al Este de Turquía.
- Desde sus principios, el régimen fascista de clases dominantes ha seguido, con respecto al pueblo kurdo, una política de represión, de terror y de asimilación, que con frecuencia se ha manifestado bajo la forma de operaciones sangrientas.
- Una de las razones fundamentales del retraso cada día más agudo de la región donde vive el pueblo kurdo, con relación a las demás regiones, aparte de la ley de desarrollo desigual del capitalismo, el resultado de la política social y económica de las clases dominantes; por esta razón, considerar el «problema del Este» como un problema de desarrollo regional no es otra cosa que la prolongación de la ideología de chovinismo nacionalista de las clases dominantes.
- El apoyo de nuestro partido, adversario inexorable de las corrientes antidemocráticas, fascistas y del nacionalismo chovinista, a la lucha del pueblo kurdo para alcanzar sus derechos constitucionales de ciudadanía y materializar el conjunto de sus aspiraciones y reivindicaciones democráticas, es un deber revolucionario normal y necesario.
- Es necesario que los socialistas kurdos y turcos trabajen codo a codo en el seno del partido, a fin de que la lucha por la realización de las aspiraciones y reivindicaciones democráticas del pueblo kurdo, se complete con la lucha por la revolución socialista, emprendida por la clase obrera y la organización de vanguardia que es nuestro partido, en una sola ola revolucionaria.
- El hecho de aniquilar (de hacer desaparecer) en los medios obreros y socialistas la ideología racista, burguesa y nacionalista-xenófoba con relación al pueblo kurdo, es uno de los factores fundamentales de for-

talecimiento del partido y de su lucha ideológica: el partido concibe el problema kurdo partiendo de las necesidades de la lucha revolucionaria y socialista de la clase obrera.

Este es el panorama que a comienzos de 1971 tenía que hacer frente el gobierno del primer ministro Demirel, considerado como de constitución débil, y que opera en el Parlamento con una escasa mayoría. La paciencia del ejército, que cuenta con una gran influencia en la política interior del país, se encuentra al límite a causa de los disturbios estudiantiles. Ya en febrero el Estado Mayor del Ejército hizo una seria advertencia en este sentido. Los llamamientos a la tranquilidad y al orden son cada día más insistentes. ¿Se puede considerar quizá una consecuencia de la debilidad política interior cuando en un estado miembro de la NATO revoltosos armados proceden al secuestro de cuatro soldados norteamericanos y amenazan en forma de ultimátum con el asesinato de sus víctimas en el caso de que el gobierno no haga pública su capitulación, en el término de pocas horas, por medio de la radio? Porque en realidad lo que pretenden los secuestradores es que la emisora estatal turca haga un llamamiento público al motín popular revolucionario contra el gobierno legalmente establecido, lo que equivale a la exigencia de una capitulación de un estado parlamentario de derecho. Demirel se ha esforzado evidentemente en su defensa, aunque sin suerte.

No se ha podido establecer todavía relación entre «el ejército popular de liberación» turco, que se hace responsable del secuestro, y los grupos radicales del movimiento guerrillero palestinese. Pero se sabe de la existencia de «fedayines» turcos que el pasado año obtuvieron armas de procedencia árabe. Sin tener en cuenta las diferentes denominaciones de tupamaros, maoístas o radicales de derechas turcos, conviene no olvidar que también la URSS tiene una gran influencia en el seno de las organizaciones guerrilleras de los países orientales de la cuenca del Mediterráneo. La retirada de Turquía de la NATO, por la que labora el «ejército popular de liberación» del país es desde hace años un importante objetivo de la política exterior soviética.

La corriente «guevarista» de los kurdos del Irán

Incluso los persas se sorprendieron cuando, recientemente, el sah se refirió en una declaración pública al atentado de que fue víctima en el

Palacio de Mármol de Teherán en 1965. En aquella época, un soldado de la guardia personal del sah hizo fuego sobre el emperador, que, sólo por milagro, pudo evitar la muerte. Pocas semanas después todo Teherán hablaba de una dramática entrevista habida entre el sah y el principal implicado en la conjuración, un tal Mansuri. Entrevista que tuvo lugar a medianoche en su propio palacio. Los círculos «generalmente bien informados» tuvieron entonces la impresión de que el soberano indultaría al presunto conspirador. Seis años más tarde, en abril de 1971, Mohamed Reza Pahlevi confirmaba aquella extraña entrevista. La prensa europea no dejó pasar por alto hecho tan significativo y los exámenes críticos más serios vieron en el acontecimiento una manifestación de protesta de ciertos grupos oprimidos. Sin embargo, no resultaba fácil separar la luz de las tinieblas, e incluso los representantes de las organizaciones internacionales humanitarias que después del atentado estuvieron en Teherán como observadores no lograron establecer con claridad los términos exactos del hecho. Reina siempre una zona de sombras en la política de este milenario país. No obstante, todo ello es válido también para enjuiciar el desenvolvimiento actual de la cuestión kurda en el Irán moderno. Contrariamente de lo que sucede en Turquía, el Irán, aparentemente, pero sólo aparentemente, ofrece un aspecto de tranquilidad paradisíaca; sin embargo, nada más lejos de la realidad.

La misma evolución y radicalización que en el Kurdistan turco se ha operado en los últimos años en el Kurdistan iraní. No obstante, en el Irán la conciencia nacional kurda se presenta menos difundida y ha penetrado menos profundamente en el seno de la población kurda que en el Kurdistan turco o iraquí.

De igual forma que el desarrollo del movimiento nacionalista kurdo se vio refrenado a finales del XIX y a principios del presente siglo por la ideología del panislamismo otomano, en la actualidad la conciencia nacional kurda en el Irán se halla contenida en su evolución por la ideología «paniranista» del actual Partido Paniranista del Irán, que desde las páginas de su diario *Khak o Khun (La Tierra y la Sangre)* predica la unión de todos los kurdos en Iraq, Siria y Turquía al Irán y considera la lucha de los kurdos en Iraq como una «lucha de liberación aria contra el imperialismo árabe-semítico». Esta ideología paniranista considera el conjunto de los pueblos iraníes, entre los cuales incluye al pueblo kurdo, como una sola nación, pretextando realidades científicas como puedan ser la proximidad

lingüística del kurdo y del persa y ciertas relaciones étnicas e históricas entre ambos pueblos. De esta forma, en el terreno político, las actividades del Partido Democrático del Kurdistán iraní (PDKI), que tiene sus orígenes en la República de Mahabad en el Kurdistán persa, República organizada en 1946 a partir de Komela (Comité para la resurrección del Kurdistán), se han visto frenadas considerablemente, ello sin tener en cuenta las buenas relaciones que siempre existieron entre la jefatura barzanista del Partido Democrático Kurdo del Iraq y el gobierno de Teherán. Excelentes relaciones que, por otra parte, se explican por los buenos deseos que siempre ha tenido el gobierno del Irán de no dejar de explotar al máximo la cuestión kurda en Iraq. Fenómenos que sólo es posible comprender si no se pierde de vista el panorama de contradicciones que definen la política del Irán con respecto al Iraq, y la estrategia exclusivamente iraquí, en la presente etapa de su lucha, de la revolución kurda en el Iraq, que, como es bien sabido, constituye, en la actualidad, la punta de lanza de todo el movimiento kurdo.

Sin embargo, en 1965 parece que tiene lugar el nacimiento de una tendencia «neo-izquierdista», en el seno del PDKI, cuyas impaciencias tuvieron su primera manifestación en el atentado sufrido por el sah en abril de 1965 y que en la actualidad toma los derroteros de la guerrilla en radical oposición de la vía parlamentaria, reformista y pacifista seguida por el Partido Comunista pro-soviético del Irán (Tudeh), contra el que practica una despiadada crítica.

Esta postura «neo-izquierdista» de los kurdos del Irán ha encontrado su justificación en la «teoría del foco» del Che Guevara. Así el 6 de mayo de 1968, en el número 411 del periódico libanés *Al-Hurriyya*, órgano del Movimiento del doctor Georges Habache, tribuno de la nueva izquierda árabe, aparecía un estudio elaborado por un kurdo del Irán, bajo un significativo título: *El Kurdistán iraní y la lucha armada a la luz de la teoría de «Che Guevara»* (aparecido más tarde en el número I de *Shawresh*, órgano del Comité de Solidaridad con la Revolución Kurda).

En 1968 los «guevaristas» del Kurdistán iraní comenzaron a poner en práctica su línea teórica y estratégica: ataques contra los puestos de policía y del ejército en una región que ofrece inmejorables condiciones para la aplicación de las técnicas de la guerrilla campesina. Perseguidos por las fuerzas de la policía y el ejército, los responsables del PDKI se vieron obligados a buscar refugio en las «regiones liberadas» del Kurdistán iraquí, donde, dicho en honor de la verdad, fueron bastante mal acogidos. Acusa-

dos por los partidarios de Mullay Mustafa Barzani de atentar contra sus buenas relaciones con Teherán y, en consecuencia, de «sabotear la revolución kurda en Iraq», el incidente se saldó de una forma particularmente trágica: los kurdos sublevados contra Teherán, como Soleyman Ahmed Moeyni (Fayed Amin) e Ismael Charif Zahed, fueron entregados por los partidarios de Barzani a la policía del Irán, a la que no le sobró tiempo para condenarlos a muerte y ahorcarlos.

El hecho de por sí reunía todas las agravantes. Era la primera vez, en la historia de las rebeliones kurdas, que unos nacionalistas kurdos, entregaban a otros nacionalistas, igualmente kurdos, a un gobierno calificado de opresor de la nación kurda.

La política de «benevolente neutralidad» instaurada recíprocamente entre Teherán y la dirección barzanista del PDKI llegaba a sus últimas consecuencias.

La medida, con la que Barzani reafirmaba la doctrina, fielmente practicada, de que su lucha sólo concernía a los kurdos del Iraq, llevaba aparejada lógicamente que no podía exigir la subordinación de la lucha de los kurdos del Irán y de Turquía a los intereses diplomáticos de la revolución kurda en Iraq y que, indigentes de una estrategia global y unificada a escala del Gran Kurdistan, la lucha de los kurdos debería desenvolverse de forma autónoma, circunscrita a las específicas condiciones de cada uno de los Estados que se reparten el Kurdistan. Ahora bien, ¿había llegado el momento que ponía al descubierto las contradicciones internas de semejante postura? Estaba fuera de toda duda que la revolución kurda en el Iraq no solamente no prestaría su apoyo a los kurdos del Irán, sino que, por el contrario, había comenzado a participar activamente dentro del sistema de represión del movimiento de liberación kurdo en el Irán. Era el inevitable precio político que Barzani tenía que pagar por el privilegio de conservar abierta la frontera entre el Irán e Iraq durante las hostilidades que los kurdos del Norte del Iraq sostenían contra el gobierno de Bagdad.

Ismet Cherif Vanly calcula en su obra *Le Kurdistan irakien, entité nationale. Étude de la révolution de 1961*, en varios centenares el número de guerrilleros kurdos muertos en los choques armados con las unidades del ejército del Irán durante el verano de 1968 y en particular como resultado de la batalla de Agalon, al oeste de Mahabad, cuyas consecuencias fueron momentáneamente catastróficas para el desarrollo del movimiento nacionalista kurdo en el Irán. Sus principales dirigentes fueron hechos prisioneros

y fusilados y sus cadáveres expuestos públicamente para servir de escarmiento y ejemplo digno de no ser imitado; tal fue el caso de Mullay Awara. Más suerte tuvieron los cientos de militantes del PDK del Irán, que fueron a reunirse en la cárcel con Aziz Yusefi y Ghani Bluyan, líderes del PDK del Irán, detenidos desde 1919.

La situación pareció entrar en vía muerta, aunque, según los boletines de la Confederación de estudiantes iraníes en Europa, la actividad guerrillera continuaba desarrollándose esporádicamente en el Kurdistán iraní, y el periódico *Kurdistán*, órgano del PDK del Irán, violentamente hostil al régimen del sah, continuaba apareciendo clandestinamente.

Sin embargo, en otoño de 1970 fue reconocido oficialmente la existencia en Persia de guerrilleros pertenecientes a una denominada «Organización para la liberación del Irán». Solamente en enero de 1971, la Policía secreta detenía a 50 miembros de la indicada organización. En febrero un tribunal militar condenaba a muerte a 13 implicados en un intento de sublevación armada. Pocas semanas después, el presidente del Tribunal Supremo Militar persa resultaba gravemente herido a tiros por un desconocido. Todos los hechos llevaban a concluir que en Irán, como en Turquía, se estaba operando la confluencia, dentro de un frente común, del nacionalismo kurdo y la izquierda política.

La minoría kurda en Siria

El problema kurdo en Siria no ha tenido, ni con mucho, la gravedad y las dimensiones que ha llegado a alcanzar en Turquía, Irán o Iraq, y en última instancia, las reivindicaciones de las dos alas del PDK en Siria son francamente moderadas, pudiendo reducirse a: a) libre desarrollo de la lengua y la cultura kurdas en Siria, y b) que se suprima y ponga término a toda práctica discriminatoria contra los kurdos. Por otro lado, las dos tendencias sostienen vigorosa e incondicionalmente las medidas progresistas del gobierno baasista de Damasco—reforma agraria, política de nacionalizaciones y, lo que es más importante y puede tener mayores y más amplias resonancias en un futuro más o menos inmediato, la postura siria en relación con el problema de los refugiados y de la resistencia de los palestinos.

Sin embargo, según fuentes no oficiales, desde la revolución baasista de 8 de marzo de 1963, la situación de los kurdos en el seno de la nación siria se ha deteriorado considerablemente y no es la que pudiera pensarse, dado lo moderado de sus reivindicaciones.

Un informe secreto, redactado, según parece, por Mohamed Talab Hilal cuando era el responsable de la Policía política en el distrito de Hassake, proyecta una luz particularmente cruda e inquietante sobre cuáles puedan ser en el fondo las auténticas intenciones del Baas sirio con respecto a la minoría nacional kurda en este país. Según este informe, publicado en el extranjero por Ismet Cherif Vanly bajo el título *La persecución del pueblo kurdo por la dictadura del Baas en Siria*, se proponen diversos métodos para llevar a cabo la eliminación, pura y simple, de los kurdos de Siria por la asimilación forzosa y la dispersión de los núcleos de población kurda. Los aspectos más sugestivos de los métodos propuestos por Mohamed Talab Hilal pueden resumirse en pocas líneas de la forma siguiente:

1) Política sistemática de analfabetización en las regiones pobladas por los kurdos.

2) Retirada de la nacionalidad siria a los kurdos, bajo el pretexto de que muchos de ellos eran refugiados turcos, que habían entrado clandestinamente en Siria después de haber sido sofocadas las rebeliones kurdas en Turquía en los años 1925, 1930 y 1937, cuando las regiones, actualmente sirias, de Arab-Pinar, del Kurd-Dagh y la Djezireh del Norte han estado siempre ocupadas por los kurdos, y que la frontera turco-siria había sido fijada con anterioridad por las autoridades mandatarias francesas en el año 1921, obligándoles, en consecuencia, a abandonar el territorio sirio para regresar a Turquía.

3) Prohibición de dar empleo o trabajo a la población kurda.

4) Prohibición, dentro del territorio sirio, de toda manifestación cultural kurda, prohibición que alcanza a la audición de discos de música kurda o la posesión de libros de literatura kurda.

5) Puesta en marcha de una política encaminada a alentar sistemáticamente las luchas intestinas, que nunca faltaron, en el seno de los núcleos de población kurda.

6) Creación de granjas colectivas de colonos árabes militarizados, granjas análogas a los *kubbutzs* israelitas, en la región fronteriza sirio-turca.

Esta última sugerencia parece que dio lugar a un proyecto, elaborado por el gobierno de Damasco, cuyo fin era la creación de un «cinturón árabe», consistente en la deportación de toda la población kurda, que ocupará una franja territorial de unos diez kilómetros de profundidad a lo largo de toda la frontera turco-siria, para establecer en dicho territorio, bajo la co-

bertura de la reforma agraria, granjas del Estado, reservadas exclusivamente a campesinos militarizados de raza y culturas árabes. Sin embargo, parece que dicho proyecto hubo de ser abandonado por las autoridades baasistas ante la firme reacción de los campesinos kurdos, que declararon que solamente las fuerzas armadas podrían hacerles abandonar las tierras y aldeas de sus mayores.

El Baas, inquieto por el grave deterioro que la publicación de este informe ocasionaba a su buena reputación de progresista en el extranjero, se apresuró a declarar oficialmente que las ideas recogidas en el susodicho informe no pasaban de ser una opinión personal del señor Mohammed Talab Hilal y que estaban muy lejos de ser las oficiales del Baas. No obstante, Mohammed Talab Hilal será nombrado ministro de Abastecimientos en el gabinete del doctor Atassi, y en la actualidad, después del golpe de Estado de Hafez Al-Assad, ha sido elevado a la categoría de adjunto al primer ministro.

Desde el lado de la minoría kurda en Siria, las apariencias no son menos ambiguas. La actitud a adoptar con respecto al gobierno baasista de Damasco ha provocado, al igual que en Iraq, una escisión en el seno del Partido Democrático Kurdo de Siria (PDKS), creado en 1957 por el doctor Nur Ed-din Zaza.

La tendencia que sigue las huellas del PDK del Iraq, que acaudilla Salah Badr Ad-din, acusa a la corriente contraria que dirige Abdul-Hamid Derwish y en la que milita el gran poeta revolucionario kurdo Djegerxwin, de deslizarse paulatinamente hacia posiciones cada vez más extremistas de izquierda, de negociar clandestinamente con las autoridades de Damasco y de gozar de esta forma del privilegio de una relativa libertad de acción; por último, como es lógico y nada de extrañar, de tener acuerdos secretos con el ala izquierdista y antibarzanista del PDK del Iraq, ala que capitanea Djalal Talabani e Ibrahim Ahmed. Sin embargo, la más grave acusación que Salah Badr Ad-din hace a Abdul-Hamid y sus partidarios es la de reducir la «cuestión kurda» en Siria a una mera cuestión de «minoría nacional», sin tener en cuenta que el territorio kurdo en Siria debe ser considerado como una parte integrante del Gran Kurdistan.

Epilogo

En el plano social, el carácter general del movimiento insurreccional kurdo en la actualidad adopta posturas revolucionarias que escapan por

completo a los cuadros tradicionales salidos de la aristocracia religiosa, de los grandes propietarios rurales y de los jefes de tribu, que hasta el presente han dirigido las revueltas nacionalistas del pueblo kurdo, pero que en la actualidad, desbordados por la radicalización del ala socialista (hábilmente explotada por la China Popular) del movimiento nacional kurdo, tienden a encontrar un punto de entente y colaboración con los gobiernos centrales de Ankara, Bagdad o Teherán:

En el plano político, y contrariamente a la dirección barzanista de la revolución kurda en Irak, que hasta el presente ha puesto el máximo cuidado de que su movimiento conservara un estricto carácter nacional, reducido a las provincias iraquíes del Kurdistán, excluyendo en todo momento cualquier manifestación a favor de la lucha de clases que pudiera introducir dentro de sus filas gérmenes de división que indudablemente debilitarían sus fuerzas frente a la irreductible postura de los gobiernos centrales de Bagdad, en la hora presente el renacido movimiento kurdo en Turquía no parece creer demasiado en el neutralismo entre el Este y el Oeste y para el que la participación de Turquía en la OTAN y la protección norteamericana de que se beneficia el gobierno de Ankara se halla inscrito en la propia naturaleza de los hechos que el movimiento nacionalista kurdo en Turquía y en Irán deben hacer frente de forma directa y sin minimizar la hostilidad de los Estados Unidos, dado que, en caso de insurrección armada dentro del ámbito geográfico general del Gran Kurdistán, los gobiernos de Ankara y Teherán tienen asegurado el apoyo militar y diplomático de los Estados Unidos.

Después del acuerdo de alto el fuego en el Kurdistán iraquí, las represalias y operaciones de castigo se han multiplicado hasta tal extremo en el Kurdistán turco, que se ha llegado a pensar si las autoridades turcas no buscan deliberadamente empujar a los kurdos a la insurrección armada, al objeto de decapitar y aplastar el resurgimiento de este movimiento político en su fase inicial, y así reducirlo a una situación análoga a la que se encontró entre 1937 y 1960

Evidentemente, la idea de una guerrilla revolucionaria kurda de tipo «guevarista» es algo que comienza a tener bastantes partidarios tanto en el Kurdistán turco como en el Irán; pero la mayoría todavía piensa que el movimiento de izquierda kurdo no se halla aún lo suficientemente maduro y organizado para hacer frente con posibilidades de éxito a la implacable represión que se abatiría sobre ellos. Represión de la que el genocidio

del pueblo armenio constituye todavía un ejemplo difícil de olvidar y sobre todo que en el terreno de la estrategia constituiría un grave error y un suicidio poner en marcha la lucha armada en el Kurdistán persa o turco antes de que el Kurdistán iraquí no haya logrado una autonomía sólida y definitiva que le permita jugar el papel de base de apoyo y «santuario» desde el cual poder llevar adelante con posibilidades de éxito la lucha de liberación de las provincias kurdas de Turquía, Irán y Siria.

Por otro lado, no conviene perder de vista que las vanguardias ideológicas kurdas más profundamente politizadas se hallan empeñadas en la tarea de formular la «cuestión kurda» sobre nuevas bases ideológicas; es decir, que el problema del Kurdistán no es solamente una cuestión de subdesarrollo regional o una simple cuestión lingüística; la opresión cultural y la explotación económica, dicen, que hacen del Kurdistán «una colonia de las clases dirigentes de Bagdad, Teherán, Damasco o Ankara», no representan más que dos aspectos secundarios de una opresión nacional—económica, social, cultural y política— que sólo desde un punto de vista global puede ser entendida en sus justos términos y que, en consecuencia, sólo puede ser combatida por el desarrollo y organización de un movimiento de liberación nacional y popular dentro del marco del Gran Kurdistán, a base de establecer sólidos lazos de unión entre la izquierda socialista de los países que se han repartido el territorio kurdo y el movimiento nacional kurdo.

A esto debe añadirse que las organizaciones de extrema izquierda no kurdas, tanto entre los refugiados palestinos como en Turquía e Irán; han llevado sus conclusiones todavía más lejos. Así, la Federación de Estudiantes Revolucionarios, que en los países del Oriente Medio agrupa las tendencias maoístas, castristas y trotskistas, han llegado a afirmar el derecho del pueblo kurdo a recurrir a la violencia y a la lucha armada para lograr sean reconocidos sus derechos, es decir, el «derecho del pueblo kurdo a la autodeterminación», autodeterminación que, como no podría ser de otra forma, de acuerdo a la teoría estalinista de las nacionalidades, implica en cualquier caso, y siempre que las circunstancias sean propicias, «el derecho a la secesión».

Al iniciarse la década de los setenta nos hallamos pues, ante una nueva encrucijada de la vieja «cuestión kurda». Los acontecimientos que han de agitar nuevamente el ya bastante revuelto panorama del Medio Oriente nos dirán si el «Ey Raquib», himno patriótico de los nacionalistas kurdos, que siguen al general Mullay Mustafa Barzani, será o no sustituido por el

EL KURDISTÁN: LA POLONIA DEL ORIENTE MEDIO

«hazadi Khwein», canto revolucionario de los campesinos, en cuyas primeras estrofas se dice:

*Los aghas y los hijos de bey
chupan la sangre de los trabajadores.
Codo con codo todos los pueblos
lucharemos contra el enemigo común: los explotadores.*

Todo parece indicar que paulatinamente el Extremo Oriente maoísta suplanta al Extremo Occidente en las bases ideológicas y objetivos perseguidos por el nacionalismo kurdo en Levante. Un Levante que busca desesperadamente su propio camino en una vía media dentro de un mundo donde sólo parecen tener cabida los radicalismos, que, como ya decía Mirabeau, no constituyen lo mejor de los principios.

ENRIQUE GARCIA-BLANCO PEINADOR

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- JOYCE BLAU: *Le problème kurde: essai sociologique et historique*. Bruselas, 1965.
RENÉ KALISKY: *Le monde arabe*. M. U. Bruselas, 1968.
GEOFFREY LEWIS: *Turkey*. Londres, ed. Ernest Benn Ltd.
H. y P. WILLEMART: *Dossier du Moyen-Orient arabe*. Bruselas, 1969.
RENÉ MAURIES: *Le Kurdistan ou la mort*. Laffont, París, 1967.
T. BOIS: *Connaissance des Kurdes*. 1966.
HASSAN ARFA: *The Kurds*. 1966.
BENOIST-MECHIN: *Mustapha Kemal*. Albin Michel. París, 1954.
RENÉ ROSSI: *L'Irak des revoltes*. Le Seuil. París, 1962.
BORIS DUNYASI: *Le problème kurde en Turquie*. Revista *Orient*. París, p. 153, livraison 4 de 1962.
ISMET CHERIF VANLY: *Le problème kurde en Syrie. Plans pour le génocide d'une minorité nationale*. 1968. *La persécution du peuple kurde par la dictature du Baas en Syrie*. (Estudio de la provincia del Djezireh desde el punto de vista nacional, social y político.)
JEAN-PIERRE VIENNOT: *Kurdistan, nation déchirée*. La Sorbona, 1971.
ISMET CHERIF VANLY: *Le Kurdistan irakien, entité national. Étude de la révolution de 1961*. Ed. de la Baconnière, Neuf Châtel.
La Révolution arabe et la question nationale du Kurdistan. Rev. *Partisans* núm. 52, marzo-abril de 1970. Con la traducción del informe de la «dirección central» del PCK sobre el problema kurdo en relación con el pueblo palestino.
J. C. EDMONS: *Kurds, Turks and Arabs*. 1957.
D. KINNANE: *The Kurds and Kurdistan*. 1964.

